

SHAKESPEARE

Que quiso a vuestro padre. Allá en mi
 [cueva
 Me narraréis el fin de vuestra historia.
 Seáis tan bien venido, buen anciano,
 Cual lo es el amo vuestro. El brazo dadle,
 Y a mí la mano; y sin tardanza alguna,
 Sepamos cómo os trata la fortuna.

(Vanse.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Una sala del palacio.

(Entran el duque FEDERICO, NOBLES y OLIVERIO.)

FEDERICO. No VERLE desde entonces? ¡Imposible!
 Si en mí no fuera la piedad suprema,
 Objeto alguno ausente buscaría
 En qué vengarme, estando tú presente.
 Mas vive alerta: búscame a tu hermano,
 Búscale con antorcha esté doquiera.
 Te doy de plazo un año para hallarle;
 Y tráele vivo o muerto, o a mis dominios
 No vuelvas nunca en busca de sustento.
 Tu hacienda y casa y cuanto tuyo hubiere
 Digno de embargo, secuestrado queda,
 Mientras por boca de tu ausente hermano
 No logres disculparte del delito
 De que te juzga reo mi sospecha.

OLIVERIO. ¡Supierais mi sentir, Alteza, en esto!
 Nunca a mi hermano amé, nunca en la
 [vida.

FEDERICO. Mayor villano tú. ¡Fuera! ¡Arrojadle!
 Y embarguen mis agentes de justicia
 Su casa y cuantas tierras poseyere.
 Hacedlo pronto, y despedidle luego.

(Vanse.)

ESCENA II

*La selva.**(Entra ORLANDO con un papel.)*

ORLANDO. De amor en prueba cuelga aquí mi verso;
Y alumbra, ¡oh reina de la noche umbral,
Desde tu solio con tu rayo terso
El nombre de tu ninfa y reina mía.
De libro serviráme el bosque hojoso,
¡Oh Rosalinda! En ásperas cortezas
He de estallar y publicar gozoso
Tu nombre, tu virtud, tus gentilezas.
Ve, corre, Orlando; imprime en cada
[planta
Virtud, belleza, hechizo, gracia tanta.

*(Vase.)**(Entran CORINO y PIEDRADETOQUE.)*

CORINO.— Y ¿cómo os gusta esta vida pastoril, señor Piedradetoque?

PIEDRADETOQUE.— A la verdad, pastor, mirada en sí, es buena vida; pero, por lo pastoril que es, no vale nada. Por lo solitaria, me agrada; pero, por lo retraída, me parece detestable. Luego, por lo campestre, no me disgusta; pero, por lo retirada que está de la corte, se me hace pesada. Por lo económica, se aviene bien con mi genio; aunque, por la falta de abundancia que se advierte en ella, no hace buenas migas con mi estómago. ¿Entiendes la filosofía, pastor?

CORINO.— No más que lo suficiente para comprender que, cuanto más enferma el hombre, tanto peor se siente; y que, al pobre que carece de dinero, de medios y de satisfacción, le faltan tres buenos amigos; que la lluvia tiene la propiedad de mojar, y el fuego la de quemar; que, con buenos pastos, engorda el ganado, y que una causa principal de la noche es la ausencia del sol; que aquel que no ha adquirido

entendimiento, ya sea por naturaleza, ya sea por arte, tiene por qué quejarse de su educación, o procede de casta muy torpe.

PIEDRADETOQUE.— Un hombre de esta especie sería un filósofo natural. ¿Estuviste alguna vez en la corte, pastor?

CORINO.— No, a fe.

PIEDRADETOQUE.— Pues entonces estás condenado; te tostarán en los infiernos.

CORINO.— Espero que no.

PIEDRADETOQUE.— Sí, a fe, te tostarán de un lado, como un huevo mal frito.

CORINO.— ¿Por no haber estado en la corte? ¿Por qué razón?

PIEDRADETOQUE.— Porque, si no estuviste nunca en la corte, no sabes lo que son buenas costumbres; por lo tanto, tus costumbres deben ser perversas; y la perversidad es pecado, y el que peca se condena. Te veo en grave aprieto, pastor.

CORINO.— Nada de eso, Piedradetoque. Costumbres que en la corte pasan por buenas, son tan ridículas en el campo como son risibles en la corte los usos del campo. Me habéis dicho que en la corte no saludáis, sino que os besáis las manos; semejante cortesía sería indecente si fueran pastores los cortesanos.

PIEDRADETOQUE.— Vamos, la prueba al canto, la prueba al canto.

CORINO.— Pues bien; siempre andamos manoseando nuestras ovejas, cuyos vellones son grasientos, como bien sabéis.

PIEDRADETOQUE.— Pues ¿no sudan las manos del cortésano? ¿Y no es tan sana la grasa de un borrego como el sudor de un hombre? ¡Bobada! ¡Simpleza! Dame otra prueba mejor.

CORINO.— Además tenemos las manos encallecidas.

PIEDRADETOQUE.— Mejor; así vuestros labios las sentirán antes. ¡Bobada! ¡Simpleza! Necesito un argumento más sólido.

CORINO.— A menudo se llenan de brea con que curamos

nuestros borregos; ¿y quisierais que besáramos la brea? Los cortesanos tienen las manos perfumadas con algalia.

PIEDRADETOQUE.— ¡Oh simple de tí! ¡Oh, mísero pasto de gusanos, comparado con un buen pedazo de carne! Aprende de los sabios, y medita. La algalia es de más baja procedencia que la brea; no es sino el flujo asqueroso de un gato. Dame una prueba mejor, zagal.

CORINO.— Vuestra agudeza es muy cortesana para mí; me callo.

PIEDRADETOQUE.— ¿Cómo? ¿Te callas y te condenas? ¡Válgate Dios por simple! Que Él alumbré esa inteligencia, que estás en tinieblas.

CORINO.— ¿Qué queréis? Soy un honrado labrador; gano lo que como; me cuesta sudores lo que visto; no odio a nadie; no envidio la felicidad de hombre alguno; me alegro de la dicha ajena; estoy contento con mi desdicha, y mi mayor orgullo es ver pacer a mis ovejas y mamar a mis corderos.

PIEDRADETOQUE.— He ahí otro pecado simple en que incurris vosotros, juntando a las ovejas con los moruecos, sin daros vergüenza siquiera el ganar vuestro sustento fomentando la cópula del ganado. ¿Qué te parece, eh? Servir de tercero a un carnero manso, y entregar una ovejita que aún no ha cumplido las primeras hierbas, a merced de un viejo morueco patiquebrado y harto de llevar cuernos propios y postizos, faltando a todas las reglas de la conveniencia conyugal? Como no te condenes por eso, será que ni aun el demonio querrá tener nada que ver con vosotros los pastores; no veo de qué otro modo te pudieras librar.

CORINO.— Aquí viene el joven caballero Ganimedes, el hermano de mi señora. (*Entra ROSALINDA leyendo un papel.*)

ROSALINDA. "Desde un polo al otro polo
Joya no hay cual Rosalinda:
Su fama en alas del viento
Llega a la remota Libia.
Los fulgores de sus ojos

Los rayos del sol eclipsan;
Ni hay belleza comparable
Con la bella Rosalinda."

PIEDRADETOQUE.— Ocho años seguidos, exceptuando las horas de comer, cenar y dormir, me estaría yo asonantando versos por ese estilo: Mejores los hace un ciego.

ROSALINDA.— ¡Quita, necio!

PIEDRADETOQUE. *Verbi gratia:*

"Tras el tórtolo volando
Va la tierna tortolilla;
Tras el gato va la gata,
Tras el novio Rosalinda.
Si salís de Amor al campo
La veréis hecha un almíbar,
Enlazada a un bravo mozo,
Como hiedra al olmo asida.
Y aunque amarga su corteza,
Es muy dulce Rosalinda,
Y el amante que la logre
Tendrá rosa y tendrá espina."

Y a este falso galope seguiría versificando hasta el día del juicio. ¡No os contagiéis con esa basura!

ROSALINDA.— ¡Silencio, bufón insípido! Los encontré en un árbol.

PIEDRADETOQUE.— Mala fruta rinde el árbol.

ROSALINDA.— Pues lo injertaré contigo, que será injertarlo con un níspero, pues tus chistes, como su fruta, se pudren antes de madurar, cuya virtud posee en alto grado el níspero.

PIEDRADETOQUE.— *Tu dixisti;* pero si con seso o no, dígalo el bosque. (*Entra CELIA con un papel.*)

CELIA.

"¿Ha de ser desierto el bosque
Porque nadie habita en él?
No; que en cada planta y árbol
Una lengua colgaré.
Unas hablarán del hombre,
En su mundanal vaivén:
De cuán breve es su existencia,

Y su trance cuán cruel.
 Otras de fallidos votos
 Y de quebrantada fe;
 Pero en las más verdes ramas,
 En el mirto y el laurel,
 De mi dulce Rosalinda
 Sólo el nombre escribiré,
 Porque ensalce sus virtudes
 Todo el que sepa leer.
 Mandó el cielo a la natura
 Que trazase su pincel,
 Compendio de perfecciones,
 Una celestial mujer;
 Y obediente la natura
 Juntó, sin tiempo perder,
 De la griega Helena el rostro,
 Mas no el corazón infiel,
 La majestad de Cleopatra,
 De Atalanta la alta prez,
 Y de la invicta Lucrecia
 El alma constante y fiel;
 De suerte que en Rosalinda
 Vino a juntar en un ser
 Los hechizos de mil flores
 Del más florido vergel.
 Quiso el cielo concederla
 Dones de tan gran valer,
 Y me impuso, en vida y muerte,
 Ser su esclavo humilde y fiel."

ROSALINDA.— ¡Oh linda predicadora! ¿Qué pesada homilía de amor es ésa con que regalas los oídos de tus feligreses, sin decirles siquiera: "Tened paciencia, buena gente"?

CELIA.— ¡Holal! ¿Amigos a la espalda y en acecho? Retírate, pastor. Ve con él, tunante.

PIEDRADETOQUE.— Ven, pastor; hagamos una retirada honrosa, si no con armas y bagaje, a lo menos con cayado y zurrón. (*Vanse CORINO y PIEDRADETOQUE.*)

CELIA.— ¿Oíste esos versos?

ROSALINDA.— Sí que los oí todos, y aun algo más que los versos, pues algunos de ellos tenían más pies de lo que había menester el metro.

CELIA.— ¿Qué importa? Por sobra de pies, más ligero iría el verso.

ROSALINDA.— Pero es el caso que los pies cojeaban, y no podían moverse por sí solos fuera del verso, y por tanto entorpecían la marcha del verso.

CELIA.— ¿Y es posible que los hayas escuchado sin asombrarte de ver que tu nombre esté colgado y entallado en esos árboles?

ROSALINDA.— Hacía ya siete días de la semana que me había repuesto de mi asombro antes de que tú llegares; pues mira lo que hallé en una palmera. Desde el tiempo de Pitágoras, cuando yo era rata y me persiguieron con malos versos hasta darme la muerte, de cuyo suceso ya apenas me acuerdo, hasta hoy, no me he visto nunca tan traída y llevada en verso como ahora.

CELIA.— ¿Adivinas quién es el autor?

ROSALINDA.— ¿Un hombre acaso?

CELIA.— Con una cadena al cuello que fué tuya en un tiempo. ¿Qué, mudas de color?

ROSALINDA.— Vamos, dime quién es.

CELIA.— ¡Dios mío! Es cosa difícil, por cierto, que se vuelvan a ver dos amigos; pero hasta las montañas pueden trasladarse de un lugar a otro en un terremoto y encontrarse.

ROSALINDA.— Pero dime quién es.

CELIA.— ¿Es posible?

ROSALINDA.— Te lo ruego con el más vehemente ahinco: dime quién es.

CELIA.— ¡Oh maravilla de las maravillas y maravillosísima maravilla! ¡Y otra vez maravillosa maravilla, y por último portento de los portentos!

ROSALINDA.— ¡Mal haya mi impaciencia! ¿Crees por ventura que porque llevo traje de hombre, tengo también el alma forrada en calzas y ropilla? Una pulgada más de

dilatación será para mí un viaje de descubrimiento al mar del Sur. Ruégote que me digas quién es: dilo pronto y habla de prisa. Quisiera que tartamudearas, a ver si de esa suerte saliera de tu boca ese nombre misterioso como sale el vino de una botella de caño angosto, todo de un golpe, o nada. Te ruego que saques el corcho de tu boca para que pueda beberme tus nuevas.

CELIA.— Podrías tragarte a un hombre.

ROSALINDA.— ¿Es hechura de Dios? ¿Qué clase de hombre es? ¿Es digna de un sombrero su cabeza, o de una barba su cara?

CELIA.— No, lo que es la barba, no abunda.

ROSALINDA.— No importa; Dios le aumentará la cosecha, si el hombre fuere agradecido. Dame tú a conocer su rostro, y yo aguardaré a que crezca su barba.

CELIA.— Es el joven Orlando, aquel que rindió al luchador y tu corazón en un solo instante.

ROSALINDA.— ¡Ea! ¡Al diablo con tus bromas! Háblame con toda seriedad y a fe de doncella.

CELIA.— A fe, prima, que es él.

ROSALINDA.— ¿Orlando?

CELIA.— Orlando.

ROSALINDA.— ¡Ay triste de mí! ¿Qué haré con mi ropilla y mis calzas? ¿Qué hacía cuando le viste? ¿Qué dijo? ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué traje llevaba? ¿Qué le trae aquí? ¿Preguntó por mí? ¿Cómo se separó de ti? ¿Y cuándo os volveréis a ver? Contéstame en una palabra.

CELIA.— Tendrás que prestarme la boca de Gargantúa: esa palabra sería harto grande para que cupiese en ninguna boca del tamaño que se estila en esta generación. Decir sí o no a todas estas particularidades, sería más difícil que contestar el catecismo.

ROSALINDA.— Pero ¿sabe él que estoy en esta selva y en traje de hombre? ¿Tiene aire tan galán como el día de la lucha?

CELIA.— Es más fácil contar los átomos en un rayo de sol, que satisfacer las preguntas de un amante. Pero en

prueba de mi descubrimiento, ahí va un bocado, y saboréalo despacio. Le hallé bajo un árbol como bellota caída.

ROSALINDA.— Bien puede llamarse el árbol de Jove, cuando tales frutos rinde.

CELIA.— Prestadme atención, señora mía.

ROSALINDA.— Prosigue.

CELIA.— Allí yacía, cuan largo es, como un caballero herido.

ROSALINDA.— Aunque diera lástima ver semejante cuadro, no dejaría de ser poético.

CELIA.— Pon freno a tu lengua, te ruego; se desboca inoportunamente. Vestía traje de montero.

ROSALINDA.— ¡Fatal agüero! Viene a traspasarme el corazón.

CELIA.— Quisiera cantarte la copla sin estribillo; me haces perder el compás.

ROSALINDA.— ¿No sabes que soy mujer, y que cuando pienso es forzoso que hable? Vamos, querida, prosigue.

CELIA.— Me sacas de quicio. ¡Calla!, ¿no es él aquel que se acerca? (*Entran ORLANDO y JAQUES.*)

ROSALINDA.— Él es. Ven, escóndete y le observaremos. (*CELIA y ROSALINDA se esconden.*)

JAQUES.— Os doy las gracias por vuestra compañía; pero a fe que hubiera ido más a gusto solo.

ORLANDO.— Y yo también; pero ya que es costumbre, os doy también las gracias por vuestra compañía.

JAQUES.— Dios os guarde. Que nos veamos lo menos posible.

ORLANDO.— Reconocedme en dondequiera por un extraño.

JAQUES.— Os ruego que no echéis a perder más árboles grabando letrillas de amor en sus troncos.

ORLANDO.— Os ruego que no echéis a perder más versos míos, leyéndolos con tan mala gracia.

JAQUES.— ¿Rosalinda es el nombre de vuestra amada?

ORLANDO.— Sí, precisamente.

JAQUES.— No me gusta su nombre.

ORLANDO.— Nadie pensó en daros gusto cuando se bautizó.

JAQUES.— ¿Qué estatura tiene?

ORLANDO.— Me llega justo al corazón.

JAQUES.— ¡Qué respuestas tan bonitas tenéis! Sin duda, tuvisteis amistad con la mujer de algún platero, y las aprendisteis en las sortijas¹.

ORLANDO.— No tal; pero os contesto como las figuras de los tapices, de cuyas bocas aprendisteis vuestras preguntas.

JAQUES.— ¡Qué talento tan listo! Creo que brotó de los calcañares de Atalanta. ¿Queréis sentaros a mi lado, y renegaremos de la fortuna y de todas nuestras miserias?

ORLANDO.— No renegaré de nadie en el mundo más que de mí mismo, que es la persona en quien más faltas encuentro.

JAQUES.— La peor falta que tenéis es la de estar enamorado.

ORLANDO.— No la trocara por vuestra mejor virtud. Estoy ya harto de vos.

JAQUES.— A fe mía que iba buscando a un necio cuando di con vos.

ORLANDO.— Se ha ahogado en la fuente; asomaos a ella, y le veréis.

JAQUES.— Veré en su espejo mi propia figura.

ORLANDO.— Que tengo para mí que no es sino un necio o un cero.

JAQUES.— Reniego de vuestra compañía... ¡Adiós, don Cupido!

ORLANDO.— Vuestra ausencia me llena de alborozo. ¡Dios os guarde, Monsieur Melancholiel! (*Vase JAQUES.*)

ROSALINDA.— (*Ap. a CELIA.*) (Le hablaré a guisa de muchacho impertinente, bajo cuyo disfraz podré burlarme de él.) ¿Oís, montero?

ORLANDO.— Ya oigo. ¿Qué ocurre?

ROSALINDA.— Decidme: ¿qué hora es por el reloj?

¹ En tiempo de Shakespeare había costumbre de grabar en las sortijas versos, sentencias, etc.

ORLANDO.— Debierais preguntarme la hora del día sencillamente: no hay reloj en la selva.

ROSALINDA.— Entonces no hay ningún verdadero amante en la selva; pues a suspiro por minuto, y a gemido por hora, fuera tan fácil registrar la marcha perezosa del tiempo como con un reloj.

ORLANDO.— ¿Y por qué no la marcha veloz del tiempo? ¿No fuera eso más propio?

ROSALINDA.— En manera alguna, hidalgo. El tiempo va a distintos pasos con distintas personas. Y os diré con quién va a paso de andadura, con quién trota, con quién va a galope, y con quién se para en firme.

ORLANDO.— Decidme, pues, con quién trota.

ROSALINDA.— A fe, trota duro con una doncella desde el día en que se firma el contrato de bodas hasta el día en que se efectúa. Aunque el intervalo no exceda de una semana, es tan duro el trote del tiempo, que le parece siete años.

ORLANDO.— ¿Con quién va el tiempo a paso de andadura?

ROSALINDA.— Con un cura de misa y olla que no sabe latín, y con un ricacho que no padece de la gota: el uno duerme a pierna suelta, porque no puede estudiar, y el otro vive alegre porque no sufre dolor; sobre el uno no pesa la roedora y destructiva carga del saber, y el otro se ve libre de la pesada y apremiante carga de la penuria. Con éstos va el tiempo a paso de andadura.

ORLANDO.— ¿Con quién va el tiempo al galope?

ROSALINDA.— Con un ladrón al patíbulo; pues, aunque vaya a paso de buey, siempre se le figura que llega allí antes de tiempo.

ORLANDO.— ¿Con quién se para en firme?

ROSALINDA.— Con los abogados durante la vacación; pues duermen de término en término¹, y no advierten entonces cómo huye el tiempo.

ORLANDO.— ¿Dónde vivís, lindo mancebo?

ROSALINDA.— Con esta zagaleja, mi hermana, en la falda del monte, como flecos en una saya.

¹ El tiempo en que los tribunales superiores de justicia están abiertos.

ORLANDO.— ¿Sois natural de este lugar?

ROSALINDA.— Como el conejo que tiene su vivar donde vino al mundo.

ORLANDO.— Vuestro acento es algo más culto que el que hubierais podido adquirir en tan apartado lugar.

ROSALINDA.— Me lo han dicho varios; pero, en verdad, un tío mío viejo, y hombre devoto, me enseñó a hablar. Fué en su mocedad cortesano, y demasiado entendido en achaques de la corte, pues en ella se dejó prender en las redes del amor. Le he oído predicar contra él a menudo; y doy gracias a Dios de que no soy mujer, ni tan plagado de defectos y liviandades tales como los que él solía achacar al sexo en general.

ORLANDO.— ¿Recordáis acaso algunos de los principales extravíos de que acusaba a las mujeres?

ROSALINDA.— Ninguno era principal; todos se parecían como un real a otro, y cada extravío parecía monstruoso, hasta que venía a hacerle sombra algún compañero.

ORLANDO.— Referidme alguno, os lo ruego.

ROSALINDA.— No, no quiero ser pródigo de mi medicamento sino con los enfermos. Hay un mancebo que va vagando por esta selva, el cual se complace en maltratar nuestros arbustos tiernos, entallando el nombre de Rosalinda en sus cortezas. Cuelga odas en los pinos, y elegías en las zarzas, y todo esto lo hace con el afán de divinizar el nombre de Rosalinda. Si tropezara yo con ese amante fantástico, buenos consejos le daría, pues no parece sino que le ha dado una calentura cotidiana de amor.

ORLANDO.— Yo soy el que está tan enfermo de amor. Os ruego, decidme cuál es vuestro remedio.

ROSALINDA.— No advierto en vos señal alguna de las que me dijo mi tío: me enseñó a conocer a un enamorado, en cuya jaula de mimbres estoy seguro que no estáis preso.

ORLANDO.— ¿Cuáles eran sus señales?

ROSALINDA.— Cara larga y enjuta, que vos no tenéis; ojos hundidos con ojeras, que vos no tenéis; ánimo indiferente, que vos no tenéis; barba desgredñada, que vos no tenéis

—aunque eso os lo perdono, en vista de que vuestro caudal de barba no pasa de ser herencia de hermano menor—; luego, debierais tener las calzas desligadas, la gorra desceñida, las mangas desabrochadas, los zapatos desatados, y en fin, toda vuestra vestidura debiera revelar abandono y descuido; pero nada de eso se advierte en vos; vais aparejado de punta en blanco, como estando prendado de vuestra propia persona más bien que perdido de amor por otra.

ORLANDO.— ¡Ojalá pudiera convencerme de mi pasión, mancebo gentil!

ROSALINDA.— ¿Convencerme a mí de eso? Más fácil sería convencer a vuestra amada; de lo cual, os aseguro, está ella más dispuesta a dejarse convencer que a confesar que lo está. He ahí uno de los puntos en que las mujeres dejan siempre por embustera a su conciencia. Pero, en resolución, ¿sois vos quien se divierte en colgar de los árboles esos versos en que tanto se ensalza la hermosura de Rosalinda?

ORLANDO.— Te juro, mancebo, por la blanca mano de Rosalinda, que soy el desdichado aquél.

ROSALINDA.— Pero ¿estáis tan enfermo de amor como lo publican vuestros versos?

ORLANDO.— Ni verso ni prosa podrá expresar con cuánto extremo.

ROSALINDA.— El amor no es más que locura, y os aseguro que es tan acreedor a una celda obscura y a unos azotes como cualquier otro loco; y la razón por la cual no se castiga y se cura de esa suerte, es la de que la locura es tan común que hasta padecen de ella los azotadores. Sin embargo, yo pretendo curarla con mis consejos.

ORLANDO.— ¿Lograsteis curar alguna vez a algún loco de esa suerte?

ROSALINDA.— Sí, a uno, y fué de esta manera. Tenía que imaginarse que era yo su amante, la señora de sus pensamientos; y todos los días me hacía cortejar por él; a cuya sazón me ponía, como niño caprichoso que era, triste, afeminado, mudable, lleno de pareceres y caprichos, altivo, fantástico, malhumorado, necio, inconstante; ya lloraba, ya

me reía; de toda pasión tenía algo, pero realmente no había pasión en mí; como suele acontecer por lo común en los muchachos y las mujeres, que en su mayor parte son ganados de este pelo; ora le quería, ora le odiaba; luego le mimaba, y un momento después le rechazaba; tan pronto lloraba con él como le escupía; y en suma, le hice pasar de aquella locura de amor a un verdadero ramo de locura, que no fué otro que el de renegar del trato mundano, yéndose a pasar la vida en un retiro puramente monástico. Así le curé, y de esta suerte me comprometo a curaros a vos, dejando vuestro corazón tan sano como el hígado de un robusto borrego, sin que quede en él vestigio alguno del pasado amor.

ORLANDO.— No me curaréis, mancebo.

ROSALINDA.— Sí que os curaré, con tal que os resolváis a llamarme Rosalinda y a venir todos los días a mi ejido a cortejarme.

ORLANDO.— Pues por la fe de mi amor que lo he de hacer. Decidme dónde está.

ROSALINDA.— Venid conmigo, y os lo enseñaré; y de camino me podréis decir hacia qué lado del bosque vivís. ¿Vamos?

ORLANDO.— Con toda el alma, buen mancebo.

ROSALINDA.— No; debéis llamarme Rosalinda. Venid, hermana; partamos. (*Vanse.*)

ESCENA III

La selva.

(*Entran PIEDRADETOQUE, TOMASA y JAQUES, que les acecha desde lejos.*)

PIEDRADETOQUE.— ¡Vamos!, vivito, buena Tomasa; yo te recogeré las cabras, Tomasa. Y dime, Tomasa: ¿qué te parece este garbo? ¿Te conviene este mozo? Di la verdad: ¿te gusta mi fisonomía?

TOMASA.— ¿Vuestra fisonomía? ¡Válgame Dios! Y qué es eso de fisonomía?

PIEDRADETOQUE.— Hete aquí entre mi Tomasa y sus cabras, como el más extravagante de los poetas, el buen Ovidio, entre los godos.

JAQUES.— (*Ap.*) ¡Oh sabiduría mal alojada! ¡Peor que Júpiter bajo el techado de paja!

PIEDRADETOQUE.— Cuando no encuentra un hombre quien sepa apreciar sus versos, o cuando el niño precoz, la inteligencia, no secunda el talento de un hombre, se queda más muerto que si le presentaran una cuenta enorme después de una mala comida. A fe, quisiera que los dioses te hubiesen hecho poética.

TOMASA.— No sé lo que es poética. ¿Es cosa honesta en dicho y hecho? ¿Es conforme a la verdad?

PIEDRADETOQUE.— No, porque la mejor poesía es la que finge más; y los amantes suelen ser aficionados a la poesía, y de lo que juran en sus poesías puede decirse que como amantes lo fingen.

TOMASA.— ¿Y deseáis que los dioses me hubiesen hecho poética?

PIEDRADETOQUE.— Sí, por cierto; pues me juras que eres honrada; pues bien, si fueras poeta, podría tener alguna esperanza de que lo fingías.

TOMASA.— ¿Y no quisierais vos que fuera yo honrada?

PIEDRADETOQUE.— No, por cierto, a menos que fueras fea; porque la hermosura acompañada de la honestidad es como azúcar con salsa de arroyo.

JAQUES.— (*Ap.*) ¡Pícaro redomado!

TOMASA.— Yo no soy bonita, y por lo tanto, pido a los dioses que me hagan honrada.

PIEDRADETOQUE.— Cierto; y por otra parte, malgastar la honestidad en adornar con ella a una tía gorrón fea, fuera servir un exquisito manjar en una fuente inmunda.

TOMASA.— No soy ninguna tía gorrón, aunque, ¡loados sean los dioses!, soy fea.

PIEDRADETOQUE.— Pues bien, loados sean los dioses por tu

fealdad; la gorronería vendrá después. Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que me caso contigo, a cuyo efecto acabo de hablar con el padre Oliverio Degüellatextos, el párroco de la aldea vecina, el cual me ha prometido acudir a este lugar del bosque y echarnos la bendición.

JAQUES.— (*Ap.*) (De buena gana presenciaria esa escena.)

TOMASA.— ¡Quieran los dioses que sea con bien!

PIEDRADETOQUE.— ¡Amén! A ser hombre de ánimo apocado, ocasión sería ésta de titubear; pues aquí no hay más templo que el bosque, ni más congregación que las bestias de asta. Pero ¿qué más da? ¡Ánimo! Los cuernos son odiosos, pero en cambio son inevitables. Se suele decir de algunos que “su dicha es sin fin”; cierto; más de uno tiene magníficos cuernos, y no sabe dónde acaban. En fin, se los trajo en dote su mujer, no es él quien se los puso. ¿Cuernos? Sí, eso es. ¿Al pobre sólo? No, no: el venado más noble suele estar tan bien armado como el gañán. ¿Por eso ha de juzgarse feliz el soltero? No tal: así como una ciudad amurallada es más respetuosa que una aldea, del mismo modo es más honrosa la frente de un hombre casado que el ceño raso de un soltero, y en tanto cuanto aventaja la defensa a la impericia, tanto es más preferible tener cuernos que carecer de ellos. Aquí viene don Oliverio. (*Entra DON OLIVERIO DEGÜELLATEXTOS.*) Bien hallado, ilustre don Oliverio Degüellatextos. ¿Nos vais a despachar aquí debajo de este árbol, o iremos con vos a vuestra capilla?

DON OLIVERIO.— ¿No hay aquí ningún padrino para entregar a la novia?

PIEDRADETOQUE.— No quiero que me la entregue nadie.

DON OLIVERIO.— Tiene que ser entregada; de otra suerte, el matrimonio no sería legal.

JAQUES.— (*Se adelanta.*) Adelante, adelante, yo serviré de padrino.

PIEDRADETOQUE.— Buenas tardes os dé Dios, mi buen señor de “Cómo os llamáis”. ¿Qué tal os va? Seáis muy bien hallado, hidalgo. Dios os tenga en cuenta vuestra

última visita. Tengo sumo placer en veros. ¿Aún estáis con esa friolera en la mano? Cubríos, os ruego.

JAQUES.— ¿Te vas a casar, bufón?

PIEDRADETOQUE.— Así como el buey tiene su yugo, el caballo su freno y el halcón sus cascabeles, el hombre tiene sus deseos; y así como las tórtolas se arrullan, el matrimonio quisiera estar pica que te pica.

JAQUES.— ¿Cómo? Un hombre de vuestras prendas casaros al pie de una zarza como un pordiosero? Idos a la iglesia y buscad a un buen clérigo que os sepa decir lo que es el matrimonio: este gañán no hará más que juntaros como se juntan piezas de ensambladura; luego, uno de los dos se encogerá como entrapaño de madera verde, y empezareis a mermar, cric, crac.

PIEDRADETOQUE.— (*Ap.*) (Cuanto más lo pienso, más acertado me va pareciendo el dejarme casar por éste que por otro; pues tiene trazas de no casarme a derechas; y estando casado a zurdas, será buena excusa para dejar luego colgada a mi mujer.)

JAQUES.— Vente conmigo, y déjate aconsejar.

PIEDRADETOQUE. Ven, mi linda Tomasa;

Mi manceba serás, si el cura no nos casa.

Adiós, reverendo domine Oliverius.

Insigne don Oliverio,

Ilustre don Oliverio,

¿Me vas a dejar atrás?

Mas vete allá;

Que escrito está

Que tú no me casarás.

(*Vanse JAQUES, PIEDRADETOQUE y TOMASA.*)

DON OLIVERIO.— ¿Qué más da? Una cofradía entera de tales pícaros bellacos no será parte a desviarme de mi vocación. (*Vase.*)

ESCENA IV

*La selva.**(Entran ROSALINDA y CELIA.)*

ROSALINDA.— No me digas nada: quiero llorar.

CELIA.— Hazlo, por Dios; sin embargo, ten la bondad de considerar que las lágrimas sientan mal en un hombre.

ROSALINDA.— Pero ¿no tengo motivo para llorar?

CELIA.— Mejor no se lo pudo desear nadie; por lo tanto, llora.

ROSALINDA.— Hasta su pelo es del color del disímulo.

CELIA.— Algo más castaño que el de Judas; pero sus besos son primos hermanos del de Judas.

ROSALINDA.— A fe que su pelo tiene bonito color.

CELIA.— Magnífico color. Ya se sabe, no hay color como el castaño.

ROSALINDA.— Y sus besos son tan castos como el contacto de la hostia consagrada.

CELIA.— Compró de Diana unos labios de desecho; una monja de la orden del invierno besa con menos pureza que él; hay en sus besos hielo de castidad.

ROSALINDA.— Pero ¿por qué me juró que vendría esta mañana, y no viene?

CELIA.— No, ciertamente, no hay firmeza en él.

ROSALINDA.— ¿Eso piensas?

CELIA.— Sí; no le tengo por un destripabolsas, ni por un ladrón de caballos; pero en cuanto a la sinceridad de su amor, la verdad, le creo tan falso como un cubilete, o como una nuez carcomida.

ROSALINDA.— ¿Conque no es fiel en amar?

CELIA.— Sí; cuando está enamorado; pero yo sospecho que no lo está.

ROSALINDA.— Tú misma le has oído jurar solemnemente que lo estaba.

CELIA.— “Estaba” es una cosa y “está” es otra. Por otra

parte, el juramento de un amante no hace más fuerza que la palabra de un tabernero: ambos son confirmaciones de cuentas equivocadas. Acompaña aquí en la selva al Duque vuestro padre.

ROSALINDA.— Tropecé ayer con el Duque y hablé con él largo rato. Me preguntó de qué procedencia era; yo le contesté: de tan buena como él; con lo cual se echó a reír y me dejó marchar. Pero ¿a qué hablar de padres cuando hay en el mundo un hombre como Orlando?

CELIA.— ¡Ése sí que es bravo mozo! Escribe bravos versos, dice bravas cosas, jura bravos votos, y los quebranta bravamente, así de través, en el mismo corazón de su amada, como un mal justador, que aguija el caballo por un lado, y hace astillas su lanza. Pero bravo es todo lo que emprende la juventud y dirige la locura. ¿Quién se acerca? *(Entra CORINO.)*

CORINO.

Más de una vez, señora y amo mío,
Por el zagal aquel me preguntasteis
A quien amor aqueja; a aquél aludo
Que visteis a mi lado sobre el césped,
Elogios tributando a la pastora
Tan desdeñosa, de su amor objeto.
¿Y qué nos cuentas de él?

ROSALINDA.

CORINO.

Si os diere gusto

Ver una escena bien representada
Entre el amor de pálido semblante
Y la altivez y el desdeñoso orgullo
De enrojecida faz, seguidme un trecho,
Y yo os la enseñaré, si os place verla.

ROSALINDA.

Vamos: guiad. Es grata a los amantes
La vista de otros pechos palpitantes.
Venid. Si el hado, a fe, no lo remedia,
Mi parte haré también en su comedia.

(Vanse.)

ESCENA V

Otra parte de la selva.

(Entran SILVIO y FEBE.)

SILVIO. No me desdénies, no, querida Febe:
Dime que no me quieres, pero dilo
Sin aspereza. El tétrico verdugo,
Que tiene el alma empedernida a fuerza
De contemplar la muerte, nunca abate
Sobre la humilde nuca la cuchilla
Sin implorar perdón. ¿Serás más cruda
Que aquel que mata y con la sangre vive!

(Entran ROSALINDA, CELIA y CORINO, retirados.)

FEBE. Yo no quisiera ser verdugo tuyo:
Huyo de ti por no causarte pena.
Dices que son mis ojos homicidas:
¡A fe que es lindo cuento, y muy probable
Que los ojos, la cosa más sensible,
Más frágil y más tierna, que medrosos
Sus puertas cierran contra motas leves,
Hayan de ser verdugos y asesinos!
Ceñuda en ti mis ojos clavo ahora;
Y si es verdad que lanzan sus pupilas
Mortales rayos, que te den la muerte:
Finge un desmayo, y échate en el suelo;
Y si no puedes, ¡calla, mentirosol
¡No digas que mis ojos son verdugos!
Enséñame la herida que te han hecho:
Aráñate la piel con una aguja,
Y algún rasguño queda: sobre un junco
La palma apoya, y por un breve instante,
En ella impresa la señal parece;
Pero mis ojos, que en ti flecho ahora,

SILVIO. Ninguna herida te hacen, ni en los ojos
Hay fuerza alguna para herir, por cierto.
¡Oh amada Febe!, si hallas algún día
(Tal vez cercano) en unos lindos ojos
Todo el poder de amor, sabrás entonces
Cuán crudas son las invisibles llagas
Que hace el amor con sus agudas flechas.
FEBE. Pero hasta entonces nunca a mí te acer-
Y cuando tal suceda, con tus burlas [ques:
Hiéreme sin piedad, pues hasta entonces
No la tendré de ti.

ROSALINDA. ¿Por qué, si os place?
Pues ¿quién fué vuestra madre, por ven-
Que así insultáis y desdennáis altiva [tura,
A un desdichado? Aun cuando fuerais
[bella
(Y es vuestra cara, a fe, de las que pueden
Ir sin temor a obscuras a la cama),
¿Por eso habéis de ser tan cruda y necia?
¿Por qué me contempláis con tal asombro?
Yo no hallo en vos más que obra adocenada
De lo más tosco que formó natura.
¡Por vida mía! ¡La rapaza, creo,
Quiere enredar también mis propios ojos!
Mas no, no lo esperéis, pastora altiva:
Ni vuestras cejas negras como el cuervo,
Ni vuestras lacias trenzas de azabache,
Ni vuestros grandes ojos de abalorio,
Ni esa mejilla de cuajada leche,
Podrán lograr que os rinda mi albedrío.
Necio pastor, ¿por qué la sigues hecho
Brumoso Sur que lluvia y viento arroja?
Necios cual vos son causa que en el mundo
Abunden tanto las mimadas niñas;
Vos sois, y no el espejo, quien la adula:
En vuestras frases vese retratada
Cual nunca lo pudiera en sus facciones.

Un poco más subido y más lozano
 Que el rojo de la cara; entre uno y otro
 La diferencia habrá que entre la rosa
 De tinte obscuro y la de menos brío.
 Silvio, mujeres hay que haber notado
 Por partes, como yo, sus perfecciones,
 Muy cerca a tales horas estarían
 De enamorarse de él; mas, por mi parte,
 Ni amor le tengo, ni odio; y, sin embargo,
 Más bien debiera odiarle que quererle:
 Pues ¿qué derecho tiene de reñirme?
 Que era morena, dijo, y de ojos negros;
 Y se burló de mí; me acuerdo ahora.
 Que no le respondiera a fe me admira.
 Lo mismo da: descuido no es olvido;
 Le escribiré una carta muy burlona,
 Y tú la llevarás. ¿Haráslo, Silvio?
 Con toda el alma, Febe.

SILVIO.

FEBE.

Pues al punto

La he de escribir: el contenido de ella
 Me bulle en la cabeza y en el alma.
 Dura seré con él, y más que breve.
 Partamos, pues. Ven tú conmigo, Silvio.

(Vanse.)